

## «LECCIONES DE LITERATURA»

Bogotá, marzo 7 de 1918

R. P. Jesús María Ruano, S. J.—E. L. C.

Respetado Padre y amigo:

Me obsequió V. R., a principio de febrero del corriente año, con un ejemplar de sus primorosas y entonces recién publicadas *Lecciones de literatura preceptiva*, acompañado de afectuosa carta remitosa. En ella me deja conocer V. R. que le agradecería ún dictamen mío sobre su libro; empresa que me resultaba más ardua que otras veces, por la falta de salud y de tiempo y la sobra de cuidados y tristezas. Pero, como V. R. siempre me ha querido bien, y los deseos de los que bien me quieren son para mí órdenes perentorias, voy a escribirle unos renglones, autorizándole para hacer de ellos lo que mejor le venga en voluntad, desde darlos a la estampa hasta arrojarlos a la cesta de los papeles inútiles.

Acrescentan la dificultad de la tarea que con toda voluntad me he impuesto, las cartas de don Antonio Gómez Restrepo, don Emilio Ferrero y don José Joaquín Casas, bien pensadas y elegantemente escritas, que aparecen a los comienzos del libro. Estamparon ellos casi todo lo que yo hubiera podido y querido decir, y quedo en la dura alternativa de volver a sus conceptos o de no considerar la obra de V. R. sino por algún aspecto muy secundario. Prefiero, en tal caso, incurrir en la nota de repetidor insulso antes que pasar por la de ingrato y descortés.

Para mí, lo mismo que le aconteció a Casas, el estudio de las *Lecciones* no fue aumento de las fatigas que me abruman, sino ocasión de solaz y descanso. A

la cuarta o quinta lección, exclamé, no para mi sayo, que en sentido estricto no le uso, sino para mi sotana: «¡Quién hubiera estudiado retórica por el Padre Ruano!» Me tocó empezar esa asignatura teniendo en las manos el *Arte de hablar* de don José Gómez de Herosilla; y aunque mi maestro fue don Ricardo Carrasquilla, el catedrático más ameno y de más ancho y desenfadado criterio que he conocido, no alcanzó él por entero a fecundar las arideces ni a doblar la rigidez del texto, ni a dilatar el horizonte que, aun los estudiantes de menos vuelo, alcanzábamos a tocar con la mano. Después mi padre me enseñó jardines que dejan por infructuosos a los cármes de Andalucía; me mostró los miles de senderos por donde se llega, subiendo, bajando, culebreando a la percepción y cumplimiento de lo bello; me reveló lejanías sólo visibles con anteojos de larguísimo aumento. ¡Felices los discípulos de V. R. que van a palpar a los quince años lo que yo sólo alcancé a columbrar a los treinta!

Muy bien observa Gómez Restrepo que V. R. «hace sentir la belleza tal como aparece realizada en forma concreta y sensible por los artistas de la palabra, para elevarse de allí a las concepciones metafísicas.» Lo cual está indicado en el título mismo del libro, que reza ser lecciones «sacadas del estudio analítico-intuitivo de selectos modelos.»

Advierte V. R. en su docto prefacio, y lo confirma con la práctica en el libro, que después de la inducción que sube, hay que emplear la deducción que desciende a la práctica; en seguida del análisis que divide, la síntesis que recompone; en pos de la intuición que ve, la razón que explica los fenómenos; lo cual quiere decir, en la jerga que usamos los catedráticos de filosofía cristiana, que V. R. se vale del método analítico-sintético, el enseñado por Aristóteles, practicado por

los grandes maestros de la edad media: Durando, Alberto Magno, Tomás de Aquino; olvidado por ergotistas y decadentes de los siglos XIV y XV, renovado por los insignes escolásticos del renacimiento: Victoria y Soto, Suárez y Lugo; muerto con la filosofía de Bacon y Descartes y resucitado en el tomismo nuevo, principalmente por Mercier y demás autores ilustres de la Universidad de Lovaina.

Con delicada perspicacia y absoluta verdad, afirma V. R. en el prólogo que el procedimiento indicado informa la inmortal *Ratio studiorum* de San Ignacio de Loyola; y agrego yo que el método analítico-intuitivo, completado por la síntesis, fue el que decretó el maestro Fray Cristóbal de Torres en sus *Constituciones*; de suerte que V. R. se ha mostrado, en esta ocasión, no sólo fiel discípulo de San Ignacio, sino también consumado rosarista. ¡Y que haya habido, en épocas anteriores, personas osadas a contraponer, con aviesos fines, los colegios de San Bartolomé y el Rosario!

Quiere Fray Cristóbal de Torres que los catedráticos «lean en voz,» y se funda en que así estaba en uso en la provincia dominicana de Castilla, «dónde tanto florecen las letras,» que así estudió él, «oyendo en voz el curso del sapientísimo padre maestro fray Domingo de Soto»; y que así se adquieren, en sólo tres años, copiosas noticias de lógica, antropología y metafísica. Añade que, después de oír tres explicaciones de cada lección, los discípulos «saldrán señores de ella y la podrán escribir en sus aposentos.» Tenemos la lectura del texto (método intuitivo), el comentario del maestro (método analítico), el resumen que escribe el alumno (método sintético).

La cita de fray Cristóbal ha debido de sonar bien a los oídos de V. R., porque fue en Salamanca donde

el futuro Arzobispo de Santafé oyó las lecciones de aquél de quien se dijo: *Qui scit Sotum scit totum*.

Acá hemos procurado, en el particular de que vengo tratando, como en todos los demás, acomodarnos a las voluntades de nuestro fundador egregio; y en las obras didácticas, no en corto número por cierto, sobre filosofía, artes liberales y derecho, publicadas por los colegiales en estos veinticinco años, nos hemos ajustado al fecundo método tomista. Para no citar sino un ejemplo sobre la materia asunto de la presente carta, recordaré el *Compendio de retórica y literatura* del doctor Antonio Otero Herrera, justamente encomiado por V. R. en las notas preliminares de su obra.

No es el método, con ser punto tan importante, lo que me ha gustado más en el libro de V. R., sino la gallardía del desempeño, la cristiana libertad con que se mueve en amplísimo campo sin caídas ni tropezos; la benevolencia, hija de la caridad, con que trata a las personas; la equidad en juzgar las obras y distribuir elogios y censuras.

Dice V. R., después de indicar el derrotero de sus lecciones:

«Entiéndase bien que con esta síntesis no pretendemos dar ocasión a los alumnos para que al margen de las preguntas escriban, inspirados quizá por pasantes rutinarios, la respuesta escueta y pelada con que responder mecánicamente y como pudiera hacerlo un gramófono animado. El verbalismo y el memorismo son enemigos traidores de toda pedagogía, y más funestos aún para la adquisición de la belleza por medio de la palabra. Si hubiera profesores (en Colombia creemos que ya no los hay) cuyo sistema, tan cómodo para ellos como árido y estéril para el discípulo, consistiese en señalar y acotar en el libro las dosis más homeopáticas de teoría literaria y lo estrictamente pre-

ciso dé un ejemplito para tomar al día siguiente esa lección, coreada por los alumnos, les rogaríamos desde luego nosotros mismos que en manera alguna adaptasen este texto. Quédense con epítomes más baratos.»

¡Qué tal que yo hubiera estampado las anteriores frases en el prólogo de alguno de los librejos que he compuesto! Pero, ya que no son mías, sino de un jesuita, a falta de la satisfacción de haberlas escrito, quiero darme el gusto de aplaudirlas.

Hallo que en la prosa de V. R., conocida por mí de antemano, el vocabulario es muy numeroso y castizo, como era de rigor en leonés de pura cepa, en un hijo de la Atenas española, de la ciudad que fue cifra y compendio de la cultura ibérica, «madre fecunda de las virtudes y las ciencias»; el lenguaje correcto, cual compete a un maestro de retórica; el estilo claro (condición sin la cual las demás para mí nada valen), abundante sin difusión, y tan agradable, que el libro, como dije al principio, no sólo es de estudiar sino de leer, no para todos, por supuesto, pero sí para los que tenemos afición a «esas cosas.»

Por lo que toca a las escuelas literarias, forzoso es que V. R., como toda persona de inteligencia y saber, tenga alguna por más estimable y simpática; pero sin profesar en ella ni hacerla voto de obediencia, lo que vale decir que toma la belleza literaria donde quiera que se encuentra, y no donde se lo mandan preceptistas miopes y antojadizos. De aquí que, en las *Lecciones de literatura preceptiva*, se citen la *Iliada* de Homero y el *Fausto* de Goethe; que en punto de letras castellanas, se inserten la *Oda a la Ascensión* de fray Luis y el *Nocturno* de José Asunción Silva, y que anden juntos (como ya lo aplaudió el señor Ferrero) los autores de la Península con los de América española, en especial con los ingenios colombianos.

A tanto llega V. R., que prefiere, en ocasiones, para ofrecerlos como ejemplo, una obra o un pasaje producidos en estas tierras a otros harto superiores escritos en España. Propónese con ello «corresponder a la hospitalidad que esta República, su segunda madre, amante de España, le ofrece; enseñar a los hijos de la culta sociedad que se los confía a los jesuítas, juntamente con las verdades salvadoras del sacerdotal ministerio, las bellezas literarias *nacionales* que va atesorando su riquísimo parnaso»; y (añado yo) fomentar en los estudiantes el santo amor a la patria colombiana, enseñándoles a querer y admirar a nuestros varones ilustres, y a estimar sus obras artísticas en todo lo que valen.

Tratándose de lecciones literarias dictadas por método analítico-intuitivo, la elección de los ejemplos es de soberana importancia. Ha procedido V. R. con acierto en este delicado particular, por más que unas pocas veces su cariño a Colombia le haya llevado a citar ciertos versos y prosas, no desnudos de todo mérito pero tampoco dignos de considerarse modelos de perfección y belleza. Este lunarcillo, uno de los muy escasos que un crítico rigorista podría hallar en el libro de V. R., es precisamente lo que más le estimo y agradezco. ¡Es tan dulce para uno ver a sus compatriotas, aun a los de modestas calidades, elogiados por un autor europeo de innegable competencia! ¡Estamos tan hechos a que, no sólo los extranjeros, sino muchos de nuestros paisanos miren con menosprecio los hombres y las producciones nacionales! Prefiero, en igualdad de clase y madurez, la fruta del cercado propio a la del ajeno, quizá porque no he viajado y no conozco sino en pintura el sepulcro de Napoleón y el Arco de la Estrella.

De las líneas generales de la obra, voy a pasar a

los pormenores que más me han despertado la atención.

No es posible, en texto de literatura que ha de aprenderse en un año, dar a cada tópico todos los desarrollos que les corresponden; y por eso V. R. consagra sólo un capítulo a la versificación y la rima. Así debe ser, porque la métrica castellana tratada a fondo, conforme a los recientes descubrimientos fonéticos, da materia para un curso completo. Estudia V. R. el número de sílabas y la distribución de los acentos, con una breve indicación sobre la cesura. Del propio modo procede don José Manuel Marroquín, en sus *Lecciones de métrica*. Bien deja entender V. R. que es más lo callado, en gracia de la brevedad, que lo dicho por necesidad imperiosa; puesto que leo: «los dos elementos esenciales para el verso castellano son la medida de sílabas y el acento rítmico.» Muy bien pensado. Cuando falta espacio, se abriga la esencia, y se dejan los accidentes por puertas.

Mas hay algunos de ellos, los que llamamos los discípulos de la escolástica *propiedades*, que nacen próximamente de la esencia y son inseparables de su madre. Entre ellos se encuentra la distribución de las sílabas largas y breves que, sin duda alguna, existen en castellano, aunque no con el mismo valor que en las lenguas griega y latina.

Sobre eso publiqué, hace tres o cuatro años, un articulejo, en forma de carta a mi discípulo don Ciro Molina Garcés, en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. Como no cabe aquel escrito en esta epístola, voy a extractarlo, no en favor de V. R., que sabe de *cortas y largas* un millón de veces más que yo, sino en pro de los lectores menos literatos, caso de que V. R. resuelva publicar estas cuartillas, en vez de tirarlas, como fuera de justicia, a la canasta de los papelotes inservibles.

Que hay en nuestro idioma sílabas breves y largas

es punto fué de discusión. Se gasta menos tiempo en decir *ta* que *trans*; *su* que *subs*; *be* que *bieis*. La sílaba, cuando está acentuada, es más larga que cuando privada de acento. Precisamente en eso se funda la regla, promulgada por V. R., de que «si el verso termina en sílaba aguda, se cuenta una sílaba más, y si en voz esdrújula, una sílaba menos.» Trae V. R. este ejemplo:

Joven angélico,  
Desde tu trono  
Oye mi voz.

El primer verso tiene seis sílabas; el segundo, cinco; el tercero, cuatro y, sin embargo, todos son pentasílabos. Mas dos breves no equivalen a una larga, como en latín, porque *géllico* consta de una larga y dos breves; *trono*, de larga y breve; *voz*, de una larga sola.

Además, en castellano, existen consonantes cuyo sonido puede alargarse en la pronunciación: tales la *ene*, la *ere*, la *ele*, en articulación inversa; la *erre*, la *ese*, la *zeta*. El verso inicial del *Canto a Bolívar* de Olmedo puede leerse así:

«El trueno horrrrenndo que en frragorr rrevienta.»

Claro está que sólo lo harán declamadores afectados o ridículos; pero aun el más correcto y moderado dilatará un poquitín las *erres* y las *enes*, y para eso las empleó el egregio poeta ecuatoriano. La armonía imitativa, tan bien estudiada por V. R. en lección aparte, consiste por mucho en combinar sílabas de cantidades diferentes y en valerse de consonantes capaces de prolongarse en la lectura.

Otra cosa:

«El cura del Pilar de la Horadada.»

Este renglón de Campoamor tiene once sílabas, acento en la segunda, sexta y décima, y una sinalefa;

y, sin embargo, para mis oídos pecadores, a penas merece el título de verso. Porque no se halla en él dónde reposen por un instante la imaginación del que lee y el aliento del que recita. No hay articulaciones, *coyunturas*, diría yo, usando una palabra vulgar.

«Estos-Fabio-ay dolor-que ves-ahora  
Campos de soledad-mustio collado-  
Fueron-un tiempo-Itálica famosa.»

Los guioncillos indican las articulaciones de estos tres versos admirables.

Contribuyen ellas a remozar la forma literaria; a infundirle a la poesía aliento de vida; comunicarle robustez, flexibilidad y elegancia de brillo, y hacerla sonar con gratisima armonía.

Muchos medios existen para darles articulaciones a los versos, en particular a los de arte mayor, donde son casi indispensables: la cesura bien empleada, el oportuno hiato, las pausas de sentido que suelen señalarse en lo escrito con signos de puntuación; las frases incidentales; el cabalgar de los versos; el hipérbaton que necesita para ser entendido, de brevísima pausa allí donde se interrumpe el orden lógico, y de otra en el lugar en que se restablece; la elipsis, que suple con una detención la palabra o frase pretermitida, etc.

También se consigue el efecto deseado con la sabia distribución de los acentos. Traduciendo don Miguel Antonio Caro el pasaje de Virgilio relativo al dardo lanzado por Laoconte contra el caballo de Troya, dice:

«Parte, clávase, vibra: Conmovido  
Dio el seno cavernoso hondo bramido.»

En el segundo de estos versos, hay cinco acentos; dos de ellos se hallan en otras tantas sinalefas; y, en *so-hon* se repite la vocal. Allí está el secreto de lo grandilocuo, de la sonoridad imitativa de la frase.

Supongamos que el señor Caro hubiera dicho:

«El seno cavernoso da un bramido.»

¡Qué miseria, qué prosa! Como si describiera una corrida de toros a tiempo de banderillas.

Me agradaría que los discípulos de V. R. hallaran la diferencia entre el alejandrino castellano:

«En nome de Dios Padre—que fizo toda cosa,  
y otro alejandrino, a la francesa, que tiene una sílaba menos, y lleva, en la sexta la cesura:

«En cierta catedral—una campana había.»

¿Podría agregarse una sílaba breve al primer hemistiquio, sin cambiar la medida del verso? Sí, con la precisa condición de que forme sinalefa con la vocal siguiente:

«Que sólo se toca-ba algún solemne día.»

Digamos ahora:

«En la Ciudad Heroica—dos campanas había  
Que sólo se tocaban--algún solemne día.»

Estos versos son compuestos cada uno de dos heptasílabos.

Las precedentes observaciones y alguna otra que adelante me ocurra no se enderezan, como es obvio, a rectificar conceptos de V. R., sino a insinuar lo que podría acaso, pero probablemente no debe añadirse a las *Lecciones de literatura preceptiva*.

Propóngome con ello, amén de dar alguna novedad a estas líneas, hacer palpable para V. R. la atención cuidadosa con que he estudiado sus lecciones; y que el público—si le tengo---entienda, a vista de lo nimio de los reparos, la sinceridad de los elogios.

Muy bien trata V. R. el asunto de la armonía en el estilo. Una es la música de la poesía, otra muy

diferente la de la prosa. Me sucede, en el orden espiritual, con los versos, cosa parecida a lo que me acontece, en lo material, con el dulce. A fuer de buen santafereño---aunque no santafereño bueno---me perezco por los caramelos, bocadillos y confites, por los flanes y mermeladas y frutas conservadas en almibar; pero no me gustan sino con poquisimo azúcar el café, el té y el chocolate. Soy entusiasta aficionado a los buenos versos; pero aun los mejores me causan deplorable impresión cuando me los hallo en filas de cuatro o cinco, todos de una misma medida y formando parte integrante de un escrito en prosa. Esta práctica, no diré que afea sino que empaña a mis ojos algunos capítulos del insigne Ricardo León, especialmente en *Casta de hidalgos* y *Amor de los amores*.

Conviene también evitar que la frase final de una cláusula resulte verso endecasílabo. Yo he caído varias veces en ese pecado, y me pesa de él tanto más, cuanto es recurso favorito de oradores de bullanga para arrancar aplausos a las ignaras multitudes.

\* \* \*

Ya es tiempo de poner fin a estos deshilvanados conceptos. Toda paciencia humana es limitada, inclusive la de un jesuita tan benévolo como V. R., y si continuara estampando yo cuanto, por asociación de ideas, me ocurre al leer cada capítulo, esta carta se convertiría en libro.

Por ejemplo, a propósito de oratoria sagrada, diría por qué, entre los modernos, deben preferirse como ejemplares los predicadores franceses; bebiendo eso sí, directamente la doctrina en el manantial de la Escritura y los Padres, y revistiendo las formas del discurso con el amplio manto de la prosa castellana.

Pudiera también rememorar los nombres y las calidades de los óptimos oradores eclesiásticos que he conocido en Bogotá durante los ya numerosos años de mi vida: el canónigo Manuel Fernández Saavedra, de la buena escuela española, magnílocuo y solemne, amo y señor de la atención y la mente de su auditorio; el doctor Federico Aguilar, discípulo de Bourdaloue por el fondo y la forma, y casi insuperable en el arte de la declamación; el doctor Francisco Javier Zaldúa, autor de honda y benéfica transformación religiosa que llevó a cabo haciendo resonar en estas cumbres andinas la encendida palabra de los predicadores romanos; el dominico genovés fray Pedro Moro, no elocuente, nunca dueño del idioma castellano, pero sin rival por la ciencia teológica e histórica, maestro en poner lo más abstruso de la metafísica y el dogma al nivel de las inteligencias populares, en sermones llenos de originalidad y riquezas, de gracia y de buen gusto; los jesuitas José Telésforo Paúl y Nicolás Cáceres, cuyos panegíricos borrajeados de mi pluma andan por ahí en letras de molde; por fin, Monseñor Cortés Lee, dotado de las condiciones físicas, intelectuales y morales que constituyen el orador completo y en quien culmina la elocuencia colombiana.

¡Qué de cosas se me vinieron a las mientes al estudiar la lección, original de V. R., no incluida antes, que yo sepa, en ninguna Retórica española, sobre literatura periodística! Desearía yo que los futuros soldados de la fe desde las columnas del diario entendiesen bien que cada nación tiene sus peculiares problemas; tradiciones, carácter, educación y gustos exclusivamente suyos, y que la táctica y la estrategia que, en un país, son precursoras del triunfo, suelen en comarca diferente, conducir al desprestigio y la derrota.

Doy remate a esta carta reiterando a V. R. el homenaje de mi sincero aplauso, alta estima y amistad cariñosa.

R. M. CARRASQUILLA

## EL SIFON SANGRIENTO

La mano del tratante en bueyes se posó, pesada y velluda, sobre el picaporte de la puerta.

El despacho de vino, aislado en la gran carretera departamental, estaba aquella tarde vacío de todo parroquiano, y el dueño, ayudado de dos mozállones, sus hijos, alineaba las botellas en el fondo de la trastienda.

—¿Nadie?—gruñó el tratante con tono interrogador.

—¡Hola! ¡Hola! Es usted, amigo Koufman.... Buen calor se ha descolgado hoy en la carretera.... ¿eh?....

—¡Ya lo creo!.... Buena ración de polvo he tenido que tragar.

—Lo que es como tuviéramos tantas piezas de cien sueldos, ¿verdad? ¿Qué quiere usted tomar? ¿Ajenjo? ¿Cognac? ¿Fin champagne? ¿Madera? ¿Ron?

—¡No!.... Deme sólo un vaso de tripoli para limpiar el fusil.

Mientras que el tabernero le sirve el vaso, Koufman se deja caer sobre una silla, saca un gran pañuelo a cuadros del bolsillo de su ancha blusa azul, y con el palo entre las piernas se enjuga la frente, soplando como sus bueyes.

—Lo que es como polvo, hay polvo de veras, y a montones....

Mas para contrarrestarlo tenía en su bolsillo cuatro mil francos, cuatro billetes de a mil francos. Había vendido su ganado con doscientos francos de beneficio en cada par de bueyes ...